

LOS NIÑOS AZULES Y OTRAS DISTOPÍAS

BIBLIOTECA DE CUENTO CONTEMPORÁNEO

nº 80

LOS NIÑOS AZULES Y OTRAS DISTOPÍAS

por

Gará Castro

*F*ICTICIA
M É X I C O
2 0 2 6

CONTENIDO

LOS NIÑOS AZULES.....	9
CASA 111.....	25
POSIBILIDAD DE UNA VIDA	45
NO TODO ESTÁ PERDIDO	61
DESTINO MELLIZO	67
PROYECTO KIARA	83
LA OLA	109
DUELO.EXE	117
AGRADECIMIENTOS	143

Este libro fue realizado con el apoyo del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, a través de la vertiente Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2024.

LOS NIÑOS AZULES Y OTRAS DISTOPÍAS
D.R. © Gará Castro
D.R. © Foto de la autora: Marcial Fernández
D.R. © Ficticia S. de R. L. de C.V.

Primera edición: 20 de agosto de 2026

FICTICIA EDITORIAL
EDITOR: MARCIAL FERNÁNDEZ
DISEÑO DEL LIBRO: RODRIGO TOLEDO CROW
CUIDADO EDITORIAL: MÓNICA VILLA
Magnolia 11, colonia San Ángel Inn, alcaldía Álvaro Obregón,
c. p. 01060, Ciudad de México.

www.ficticia.com ficticia@ficticia.com

ISBN: 978-607-521-159-6

Este libro no puede ser reproducido parcial o totalmente sin la autorización escrita de los titulares del copyright.

HECHO EN MÉXICO / PRINTED IN MEXICO

LOS NIÑOS AZULES

Para Contanza Lara

La carretera era una línea gris con leves pendientes que apenas rompían aquella ardiente monotonía. Al frente, los espejismos simulaban inquietas esferas brillantes, a las que nunca dábamos alcance. Había rebasado un par de camionetas de combustión interna, arcaicas, reconstruidas, que creía extintas. Era increíble que en este rincón del mundo subsistieran vehículos de gasolina. Peter, junto a mí, en el cómodo asiento de piel, dormía con el respaldo reclinado y daba indicios de querer despertar. No deseaba que mi novio iniciara ninguna plática, asumía en serio su papel de copiloto y yo necesitaba tomar una decisión. Por fortuna, volvió a sumirse en el sueño. Sentí un leve, casi imperceptible movimiento dentro de mi vientre que me inquietó.

La Cybertruck, propiedad de la universidad, me hacía sentir segura para los siguientes 250 kilómetros que debía conducir para llegar a la costa. Pese a ser una camioneta antigua, era confortable, aunque lenta. Aquel mar de belleza imposible y azules cambiantes, nunca repetidos, me marcó desde pequeña, así como la brisa fresca que inflaba mis vestidos, incitándome a correr. No solía acompañar a Peter a sus investigaciones en campo abierto, pero cuando supe que este estudio sería en esas aguas que aún hoy se colaban —a veces apacibles, otras enfurecidas— entre mis sueños, insistí en sumarme al proyecto.

Quiero acompañarte, le dije. ¿Quién va a ayudarte a conducir? Son mil quinientos kilómetros.

Tuve la tentación de abrir la ventanilla para sentir la temperatura, pero una pizca de prudencia me detuvo. El hermético vehículo nos aislaba del contacto con el exterior y nos mantenía en una cápsula artificial sin gota de sudor. A pesar de estar hidratada bebí del suero.

Peter carraspeó entre sueños, tosió un poco y continuó dormido. Habíamos acordado no tener hijos. Ni perros ni gatos ni loros. Y lo cumplimos sin remordimientos ni tentaciones a pesar de la publicidad omnipresente que advertía del colapso poblacional. Ahora mismo, en este sitio tan retirado, se erguía un cartel gigante al pie de la carretera: niños contentos y cachorros vigorosos jugando con una pelota cerca de un manantial. Sonrisas frescas. Alegría. Me toqué el vientre que apenas empezaba a curvarse.

¿Cómo había sucedido? Peter, como biólogo oceánico, tendría alguna aclaración científica sobre el fiasco de la reciente protección contraceptiva. Yo, en cambio, si me remitía a mis estudios profesionales, a mi cátedra como maestra de religiones antiguas, a mi memoria cundida de leyendas, estaría más inclinada a buscar explicaciones míticas.

Aún no encontraba el momento de comunicarle mi estado. No sabía cómo iba a reaccionar cuando le argumentara que quizás el destino había jugado su parte. No, no y no, nada de hijos, dijimos años atrás.

No había llovido en mucho tiempo. El paisaje, de tonos terrosos y cielos abiertos de colores cambiantes, transmitía una sensación de amplitud, silencio y resistencia. ¿En dónde quedaron los miles de tonos de verde? No veía los expendios de cerveza, los supermercados o las fondas humeantes de carne asada, en donde mis padres, conmigo en brazos, se detenían a comer unos tacos cuando veníamos a vacacionar.

Como un disparo de diamante que ofuscó mi vista a través del espejo lateral, un automóvil nos dio alcance a una velocidad temeraria y me obligó a orillarme. Su sonido dinámico cimbró la camioneta. Fue el primero de una caravana de vehículos relucientes que dejaban estelas de zumbidos y ráfagas de colores esmaltados. Y luego, aquellas motocicletas sincronizadas en un rombo perfecto. Había concordanza en su manera de conducir, una cierta jerarquía que mostraba orden. Lo último y más enigmático para esta región apartada fue aquel bus turístico lleno de pasajeros.

—¿En dónde estamos? —preguntó Peter con voz adormilada—. ¿Para qué te estacionaste?

—Hay sectas por acá —le dije—. Manejan sus coches lujosos como demonios.

—¿Sectas? ¿Lujos? —se extrañó—. ¿En qué nos afectan? Lo más probable es que sean inofensivas. No te preocupes, Tatiana, evitaremos cruzarnos en su camino

Avanzada la tarde entramos al pueblo. El calor disminuía. Los lugareños rondaban el parque en donde había vestigios de una antigua iglesia o se mecían en sus desvenecijados sillones a las puertas de sus casas. Me acordaba de una villa más animada, música alegre, ajetreos, sonrisas, en vez de estas caras largas. A pesar de las miradas desconfiadas encontré un singular encanto en las banquetas rotas por las raíces de los árboles, en las casas artríticas y apuntaladas con maderos, en las calles de arena y polvo mal trazadas. Pero algo cambió. Pensé que esa impresión era causada por los recuerdos idealizados de mi infancia.

Mientras Peter y yo caminábamos por la calle principal, tuve una rara sensación en el cuerpo, como si pequeños ojos se me pegaran a la piel. Me di cuenta entonces que, desde que entramos al pueblo, no había visto niños. Lo jalé del brazo:

—Aquí no hay chicos, Peter.

Se detuvo y miró a su alrededor: peatones con bolsas de mandado, mujeres sin niños en brazos, carretas jaladas por caballos desnutridos. Alzó los ojos a las copas de los árboles, como si algún chiquillo pudiera descolgarse de una rama.

—Es raro —sabíamos que en los poblados apartados aún se reproducían con cierta regularidad—. ¿En dónde estarán?

La sensación de que me veían persistió y, cuándo sentí necesidad de frotarme los brazos, le pregunté:

—¿Sientes las miradas?

Tres cuadras al oriente de la plaza, la tercera casa a mano derecha, era el predio de doña Rita. La señora, su esposo y la hija veinteañera se asomaron juntos a la puerta. Luego de observarnos, pidieron las credenciales de la universidad y nos invitaron a pasar. El interior estaba semioscuro y en un rincón había un nicho con veladoras. Por el olor a miel, intuí que eran de cera de abeja. La deidad, difícil reconocerla, en apariencia colonial, tenía pinta de mujer. Las veladoras, ¿serían para adorarla o para pedirle protección? Peter y yo estábamos ahí para recoger las llaves de Olas Paraíso, el sitio en el que nos íbamos a hospedar. Mientras nos explicaban los detalles de su funcionamiento, volví a sentir los ojos sobre mi cuerpo.

—Doña Rita, disculpe —interrumpí—, ¿dónde están los niños del pueblo?

—Los niños, ¡ay! —se atragantó la señora.

—A las criaturas tenemos que cuidarlas mucho, maestra —intervino el marido—. Es que si las dejamos sueltas... mejor ni le cuento, pero estamos hartos.

La hija se puso nerviosa y miró hacia una puerta cerrada. Su mano tocaba una medalla que traía colgada del cuello.

Yo había visto ese dije en museos o en poder de coleccionistas: era la insignia de una virgen. Peter, lo conozco, para evitar que hiciera más preguntas, cambió de tema:

—Amigos, ¿saben en dónde podemos comprar cervezas?

Nos encaminamos a Olas Paraíso, una casa emblemática del siglo pasado. De niña, la miraba desde la ventanilla del carro con el anhelo de conocerla. Mi padre decía que era una antigüedad de arquitectura paramétrica, con pisos y muebles originales y que algún día iba a rentarla. Nunca le alcanzó el dinero. Se situaba en una zona de propiedades veraniegas, pero ahora el océano había ganado terreno y muchas de las casas parecían flotar en el agua como nenúfares de cemento. Al otro lado del camino se levantaba una serie de estelas con apariencia prehispánica de moderna edificación.

—¿Y esas lápidas? —me miró Peter.

—No sé. Quizás sean parte de algún proyecto fallido.

—¿Ya te fijaste, Tatiana, que somos los únicos huéspedes a la redonda?

Sí, me había dado cuenta.

Escogimos una recámara de la planta baja con una ventana panorámica. Abrimos las cortinas de par en par. Si alargábamos el brazo, casi tocábamos la arena. Nos acompañaban el incesante bramido del oleaje al romper con las rocas y el del viento intranquilo que ululaba entre las palmeras. No necesitábamos a nadie más.

Desperté al amanecer y Peter no estaba. Desde la ventana lo vi entrar al mar con su equipo de buceo, la cámara, sus arpones y cuchillos. Se subió a una barquita inflable con un pequeño motor y navegó mar adentro. Iba a recoger muestras y a tomar videos y fotografías. Era un buzo experto.

Me sorprendió el color del mar. Había cambiado de azul a verde. Y más lejos, cerca del horizonte, a turquesa. El aumento de la temperatura del agua favoreció el crecimiento

del fitoplancton —microalgas con clorofila—, y el continuo blanqueamiento de corales afectaba la claridad del agua y su color. Peter investigaba ingeniería de arrecifes hechos con biomateriales, equipados con sensores nanoscópicos para prevenir enfermedades marinas o acidificación. Así absorbían carbono y restauraban la biodiversidad sin intervención del hombre. Corales de artefacto que se autorreparan y adaptan por sí solos.

Esa mañana extendí una toalla sobre un camastro, llené mi cuerpo de bloqueador, me puse las gafas oscuras y me tendí al sol. Abandonarme a una experiencia de cuerpo completo tenía algo de acto amorosos. Cuando necesité un respiro, me sumergí en el mar. Luego destapé un envase de jugo de tomate, tan apetecible para reponer líquidos y electrolitos; comí aceitunas con palillos botaneros como turista de buenos modales y abrí una bolsa de papas fritas.

Lo extraño era que, tanto si volteaba para la derecha como para la izquierda, no había nadie. Solamente yo y el ser que crecía dentro de mí, capricho del destino. El único síntoma perceptible era un aumento del apetito. Pensé en Peter con su tanque de oxígeno en las profundidades del lecho marino entre tiburones, mantarrayas, morenas. Le daría la noticia en este viaje. Cerré los ojos y me sumí en el sueño del cartel de la carretera: el agua del manantial, la alegría de los niños, los ladridos de los perros. No debía de tener miedo. ¿Se quedaría conmigo? Y si no, ¿qué se suponía que debía yo hacer?

Regresó al mediodía cargado de muestras. Terminado el almuerzo, nos echamos una breve siesta. Caminamos por la playa en el ocaso, con el extraño sentimiento de ser los únicos habitantes del planeta. En la casa jugamos un partido de damas chinas, cenamos tacos y cerveza. Era una noche clara. Descorrimos las cortinas para contemplarla y

cuando el cansancio me venció, cerré los ojos segura de que aquel era un lugar tranquilo.

Me desperté de repente a mitad de la noche. El resplandor lunar dejaba ver con opaca claridad el contorno plateado de los objetos. Pasé los ojos por las paredes lisas, el espejo en forma de timón, el tocador de mármol, hasta que reparé en la figura desnuda de Peter, escondido tras los pliegues de la cortina: espiaba la playa por la ventana.

—Peter, ¿qué haces? —lo llamé en voz baja.

Giró hacia mí y cruzó un dedo sobre la boca. Intentó comunicarme algo con gesticulaciones, pero no pude leer sus labios ni su improvisado lenguaje de señas. Lo único comprensible fue su miedo. Sus ojos agrandados parpadaban irreconocibles y su rostro tenía una contracción de angustia. Cuando intenté incorporarme, negó con las manos con tal énfasis que me detuve. ¿Qué veía por la ventana? ¿Qué pasaba en la playa?

Me ceñí con la sábana para cubrir mi desnudez. El sonido del roce de la tela provocó que Peter otra vez me reprendiera con aspavientos. La brisa del norte que al anochecer había traído los murmullos naturales de la playa; ahora acercaba ruidos metálicos, golpes y voces vagas. Por los martillazos deduje que afuera, cerca de nosotros, a pocos metros quizá o justo enfrente de la casa, armaban una suerte de tinglado. Me acordé de las sectas y pensé en altares, teatros, patíbulos, como las ilustraciones de mis libros.

Toc, toc, toc, continuaban los golpes. Peter, con extremo cuidado, seguía vigilando los trajines de afuera. Cerré los ojos y traté de ver a través de los suyos, pero, desde luego, no sirvió de nada. Funcionó mejor la telepatía: si clavaba mi vista en su cabeza y lo llamaba con el pensamiento, vibraba el torso y me buscaba con los ojos. Pero hasta ahí llegó nuestro intercambio telepático. Aunque tan cerca uno del

otro, no podíamos comunicarnos con palabras. Mi mente se convirtió en un libro abierto donde las páginas pasaban rápido. Textos antiguos, tesis recientes, historias, fotografías. Para saber cómo debíamos actuar, necesitaba descifrar quiénes eran los congregados, de qué culturas descendían, y más importante: a qué ser supremo querían complacer. O peor: alimentar.

Si acaso eran retoños de Huitzilopochtli, estábamos en apuros. Pensé también en las tumbas de Ur en Mesopotamia, en el dios Taranis de los celtas, en la osteomancia de la dinastía Shang, en la festividad de Uppsala de los vikingos, en el reino de Dahomey en África, en el dios Kú de Hawái. A todos los adoraban con sacrificios humanos. Según la arriesgada tesis de doctorado de mi colega Huí González, de las cenizas de antiguas religiones habían resurgido versiones híbridas y actualizadas, hambrientas de seguidores.

El olor a algas secas y humedad salada penetró mi nariz. Intenté controlar mi respiración para que no se desbocase. Temía que se escucharan los latidos de mi corazón. Mi cuerpo contraído, sudaba. Llegó entonces el grito, un alarido agudo y opresor que calló de golpe las otras voces. Los ruidos de las obras se intensificaron, pum, click, toc y me pareció como si arrastraran algo grande sobre la arena. Visualicé una lona, pero bien podían ser tablones o un bote pequeño. Se escuchaban los sonidos con tal nitidez, que tuve la impresión de que se habían desmantelado las paredes.

En su mutismo, en su obediencia, en el ritmo enajenado de su faena, percibí la sumisión de los trabajadores. Esclavos. Cautivos nocturnos. Hombres y mujeres anónimos que trabajan bajo amenazas cuando los requieren organismos superiores. Siempre de noche, callados para que no les corten la lengua. Deseé hundirme en la cama y desaparecer

bajo el colchón. No debía seguir acostada, así, tan indefensa, de manera que, con sumo cuidado, me senté y, por reflejo, me tapé la boca para proteger la lengua.

Si osaba ponerme de pie, alguien podría detectar mi silueta. Ojalá hubiera sido una noche negra, pero la luna brillaba con tanta furia que proyectaba sobre el piso de la habitación las sombras inquietas de las palmeras. A estas alturas, mi visión escotópica se había ajustado de manera extraordinaria a los tonos grises, y era capaz de reconocer con precisión las figuras. Con esta vista periférica observé a Peter: se había movido hacia el rincón y sacudía los brazos como gorila. Abría y cerraba los puños. Cuando lo vi apretar los músculos, supe que se preparaba para pelear. Con la espalda ancha, las piernas macizas, el vello en el pecho, lucía más animal. Me sorprendió esta personalidad salvaje que corría por su sangre. ¿Qué tanto había en el ADN del investigador? ¿En las capas antiguas de su cerebro? El hombre emanaba adrenalina y el sudor cubría su cuerpo. Dio dos pasos hacia la ventana, se asomó, reculó, y se cubrió el rostro con las manos.

¿Qué vio? ¿Qué vio que lo llevó a taparse la cara? ¿Acaso eso que arrastraban serían jaulas o piedras de sacrificio? Cuando liberó su rostro, su expresión se había puesto fiera. La transpiración de su cuerpo impregnó la habitación con un olor bestial y tuve miedo de que nos descubrieran por medio del olfato.

Los ruidos de los albañiles fueron sustituidos por pasos en la terraza contigua a nuestra habitación. Zapatos rechinaban como si estuvieran mojados. Traqueteos me hicieron pensar en acomodo de sillas. Las voces se reanudaron, pero no eran los primeros susurros, sino otras más potentes, autoritarias.

Peter intentó comunicarme un plan. Señaló nuestra ropa tirada en el piso, los arpones y la puerta. Con ademanes